



EL OSO ONDO

ALEJANDRO FERNÁNDEZ ALDASORO

TXERTOIA

narrativa

ALEJANDRO FERNÁNDEZ ALDASORO

EL OSO ONDO

2018

Pedro Egaña llevaba en paro dos años, su mujer había dejado de quererle y no tenía un solo amigo que mereciera ese nombre. Parece el anuncio de un Volkswagen Golf de los noventa, pero era la vida corriente que le había tocado en suerte. Además, su Citroën Xsara de nueve años le había dejado tirado ya dos veces. Ni siquiera tenía un coche en el que confiar.

En realidad, acababa de encontrar un trabajo y cabría pensar que las cosas se estaban arreglando. No era así. En ese momento escribía desde la mesa en la que llevaba sentado un mes como un niño bueno y de la que no se levantaba más que para ir a mear. Escribía para escapar de aquella oficina alienante y hostil en la que estaba para resolver asuntos inútiles que le importaban un bledo. Escribía para no amodorrarse del todo. Para sobrevivir, como había hecho siempre.

Los otros creían que se concentraba en la tarea idiota para la que le habían contratado. Egaña tenía debajo del Word, por si se acercaban, un informe infumable que simulaba leer desde hacía dos días. Su sueldito dependía de que no descubrieran lo que pensaba ni lo que era. Dependía de su habilidad para esconder el profundo hartazgo que sentía hacia las batallas por el poder que se celebraban con gran educación en la sala de reuniones, hacia el teatrillo de personajes secundarios obligados, al igual que él, a hacerse pasar por profesionales responsables y motivados.

Tenía 46 años y le humillaba la conciencia de ese fingimiento, pero se obligaba a teclear unas líneas clandestinas y se le pasaba un poco el dolor.

Pronto tendría que irse de su casa. Lo había estado retrasando con argumentos de conveniencia (no tenemos dinero para separarnos, no quiero alejarme de mis dos hijos, tratemos, aunque sea, de vivir como compañeros de piso), pero no funcionaba. No es posible ser menos de lo que se ha sido sin pagar el precio de la decepción. Egaña ya no era querido. Había bajado de precio y de valor. Estaba en liquidación.

Le dolía la espalda de dormir en una colchoneta de Ikea, le dolía la indiferencia de su mujer, sus miradas de desagrado, sus raciones de comida solo para tres. Pero lo peor era la sensación de irrelevancia. No le necesitaban, no le reclamaban. Ellos se arreglaban bien sin él. Pedro Egaña era el invitado que estaba retardando demasiado su salida. El mueble que su mujer apartaba cuando pasaba la aspiradora. El señor de marrón que vivía en casa de Gila.

De repente se había quedado sin sitio en el mundo. Sin familia, sin aliados, sin un trabajo alentador que le sirviera de apego y de coartada.

Los problemas habían llegado todos a la vez, con furia. A menudo se preguntaba si no habría algo salvador en ello, si la conjunción de dificultades que le tocaba atravesar en ese momento no sería una gracia en vez de un castigo. Quizás el universo, o Dios, o quien fuera que estuviera al mando, velara por él después de todo, y ya había desencadenado la lenta explosión que destruiría la prisión síquica de la que era incapaz de escapar por sí mismo. Siempre había tenido esa extraña sensación de ser observado.

Sin embargo, no podía saberlo, y tampoco era una idea muy apetecible: quedarse sin nada, solo, espantosamente libre, romper en cachitos lo que creía que era para transformarse (o no) en algo más liviano y valioso.

Mientras se aclaraba, y como forma de retardar lo que parecía inevitable, Pedro Egaña escribía a escondidas en un ordenador de última generación de una asfixiante oficina.

A veces le había dado por escribir cuando se sentía angustiado. Prácticamente, se hacía los textos encima. Era como derrotarse. Como disolver una parte importante de las células perniciosas que había dentro de él. Una especie de quimioterapia que últimamente se aplicaba de forma intensiva. El momento del tratamiento no era agradable, pero después, cuando conseguía explicarse la situación, se sentía mejor.

Egaña solo pensaba al escribir.

Fantaseaba con la idea de abandonar su calimerismo literario y ser un escritor de verdad. No estaba muy seguro de cuál era la diferencia. Se imaginaba su foto en la solapa de una novela, una pila de libros con su nombre en la portada, una chica guapa en la playa concentrada en las emocionantes palabras seleccionadas por él. Solía fijarse en las entrevistas que les hacían a los autores. Una pregunta habitual era por qué escribían. Algunos hablaban de los daños sufridos. Otros respondían con frases prefabricadas y trataban de mantener la ficción de que tenían una opinión. Citaban algún escritor de prestigio, incluían alguna palabra elevada, hablaban muy en serio, como si les costara un gran esfuerzo. Daban la impresión de no saberlo. ¿Por qué escribir? ¿Por qué ser escritor? ¿Por qué alguien se mete voluntariamente en un suplicio que puede durar meses sin

que nadie se lo pida y sin ninguna garantía de ser leído? ¿Por la arrogancia de la mente? ¿Por cubrir el vacío de la vida, ese pánico a no ser y a no saber nada, con el parloteo sobre los propios juicios o sobre personajes supuestamente inventados que son todos, inevitablemente, uno mismo? ¿Porque ser es ser visto?

Todo el mundo quiere ser artista. Escritor o fotógrafo o músico o ilustrador. Da igual. Ser alguien. Obtener reconocimiento. Decir yo estuve aquí. Es un espectáculo deprimente, sobre todo cuando eres consciente de que eres uno más de ese delirio universal. Para quitarse esa idea, Egaña se decía que lo suyo era distinto, que no tenía pretensiones y que al menos disponía de un buen motivo: escribía para salir de ahí, de esa empresa enferma, de esa silenciosa guardería. Escribía para salir de sí mismo.

Pero se engañaba: en realidad, sí tenía pretensiones. Quién no las tiene. No era distinto a los demás. Le daba rabia pensarlo.

Tal vez podría escribir una novela negra con asesinatos espeluznantes e intentar publicarla. O un crimen rural metafísico con espíritus atormentados vagando entre los hayedos. O un *thriller* a la vasca, con mujeres medio enfadadas todo el santo día, hombres infantiles y desconectados de sí mismos y muchas delicias culinarias para compensar la falta de afecto físico. Algo así. O una historia sentimental con todo esto que le estaba pasando. Doscientas páginas acerca de lo que veía en el espejo. Pero no se animaba. ¿Un escritor viviendo con su madre, que era su futuro inmediato? No lo veía. Para que te tomen en serio debes salir en las revistas en una casa de techos altos y suelos de madera, con un perro extravagante de nombre Jorge Luis o Umberto

sentado a los pies. O, si te va mal, en un ático de esos caprichosos que no son más que camarotes reformados en el que debes andar con la cabeza ladeada para no abrirtela con una viga. O incluso en la caravana de un *camping*, al estilo de Mel Gibson en *Arma letal* pero en feo, en pobre, ilegalmente, chupando frío en invierno, con los zapatos mojados en la puerta, grasa en el hornillo de gas y olor a hule viejo. Algo con estética perdedora, de cloaca. Pero dormir en la cama nido de cuando tenías diez años, con la mesilla, el escritorio plegable y el armario lacado a juego no es presentable si quieres subirte al estrado y explicar a un auditorio entregado de qué va esto de la vida.

Si alguien lúcido le hubiera dicho que él no amaba la escritura sino que la utilizaba como un narcótico y que aspiraba a utilizarla como un trofeo, tendría que reconocer que era así. Había escrito varios relatos y un diario novelado bastante tontaina. Lo típico. Algo le habían aliviado, pero no mucho. Eran una manta corta que apenas le abrigaba. La realidad era la que era. Pedro Egaña no dejaba de ser Pedro Egaña por más que escribiera. Y después del trabajo tendría que ir a una casa en la que no le querían, y al día siguiente tendría que volver a la oficina en la que se dedicaba profesionalmente a fingir.

Pedro Egaña estaba atrapado entre su vida mediocre y la conciencia de su propia mediocridad. Si sus días hubieran tenido más estímulos, si hubiera sido un profesional respetado o si su mujer le hubiera seguido queriendo, habría aceptado mejor sus limitaciones personales. Y si hubiera sido estúpido del todo y se hubiera dedicado a sobrevivir sin reflexiones accesorias, no le habría dolido tanto su maldita escasez. Pero ambas desventajas le atenazaban.

Las objetivas y las propias. Lo que le pasaba al mundo y lo que le pasaba a él. Hacía frío fuera y hacía frío dentro. Egaña tenía los pies helados desde octubre a mayo. Tomaba los frenadoles como si fueran café.

Era un hombre al final de un camino. Un hombre hibernando de pie.

Llegó la hora. Pedro Egaña cerró el documento y puso el ordenador en reposo. Se despidió de los compañeros con un gruñido y se lanzó hacia la puerta. En cuanto pisó la calle, ralentizó el paso. Ya no tenía prisa, porque no tenía adónde ir. Y disfrutó del aire fresco de las puertas traseras. Del receso entre dos juicios. De la ilusoria sensación de libre albedrío.

Entonces se fijó en un cartel pegado en la puerta de una librería. Anunciaba una exposición en la ciudad que se inauguraría el siguiente viernes. Pedro Egaña observó el dibujo que protagonizaba el cartel. Era él. Estaba algo cambiado, tenía un ojo abierto, pero era él. No había duda. El oso Ondo.